

CHRISTOPHER ISHERWOOD

EL SEÑOR NORRIS
CAMBIA DE TREN

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE DOLORES PAYÁS

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Mr Norris Changes Trains*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1935 by Christopher Isherwood. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2016 by Dolores Payás Puigarnau
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16011-77-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 26 808-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

MI primera impresión fue que los ojos del desconocido eran de un color azul claro poco común. Vacíos y temerosos, se encontraron con los míos durante varios segundos ociosos. Alarmados, cándidamente traviosos, me recordaron vagamente un incidente al que no conseguía poner fecha; algo sucedido mucho tiempo atrás y que tenía que ver con la clase de cuarto grado superior de la escuela. Eran los ojos de un escolar sorprendido al saltarse alguna regla. No es que yo hubiera sorprendido al desconocido haciendo nada en concreto. Aparentemente tan sólo estaba inmerso en sus pensamientos, pero quizá se imaginó que yo podía leerlos. Sea como fuere, parecía que no me hubiese oído ni visto atravesar el compartimiento del tren desde mi asiento hasta el suyo, porque el sonido de mi voz le causó tal sobresalto que su abrupto respingo reverberó en mi cuerpo: instintivamente, di un paso atrás.

Fue, exactamente, como si nuestros cuerpos hubieran chocado en la calle. Ambos nos mostramos confusos y predisuestos a pedir disculpas. Sonriendo con el deseo de tranquilizarlo, le repetí la pregunta.

—Disculpe, caballero. ¿Podría usted darme fuego?

Ni siquiera entonces respondió de inmediato. Pareció enfrascarse en alguna clase de veloz cálculo mental, mientras sus dedos, activos y nerviosos, se agitaban y revoloteaban en torno a su chaleco. Todos aquellos gestos podían significar que iba a quitarse la ropa, a desenfundar un revólver o, simplemente, que se estaba asegurando de que yo no le había robado la cartera. Aquel instante de inquietud cruzó por su

mirada como una pequeña nube, luego desapareció y dejó en ella un cielo azul y claro. Por fin había comprendido qué quería yo de él.

—Sí, sí. Ah..., por supuesto, desde luego.

Mientras hablaba se llevó la punta de los dedos a la sien izquierda, la tocó con delicadeza, tosió y, de pronto, sonrió. Era una sonrisa que tenía un gran encanto, pero dejaba al descubierto la dentadura más fea que había visto en mi vida. Eran unos dientes como rocas quebradas.

—Por supuesto—dijo de nuevo—. Será un placer.

Con delicadeza, metió el índice y el pulgar en el bolsillo del chaleco y extrajo un mechero de oro. Llevaba un traje suave de color gris que parecía caro, las manos eran blancas y pequeñas, le habían hecho una manicura impecable.

Le ofrecí un cigarrillo.

—Ah, muchas gracias. Gracias.

—Después de usted, caballero.

—No, no. Se lo ruego.

La minúscula llama del mechero parpadeó entre nosotros, tan precedera como la atmósfera que había creado nuestra exagerada cortesía. El menor soplo de aliento habría extinguido la llama, el más mínimo gesto o palabra imprudente habría puesto fin a la cortesía. Cuando los cigarrillos estuvieron encendidos, volvimos a sentarnos. El desconocido aún tenía dudas sobre mí. Se preguntaba si no habría ido demasiado lejos, si no se habría librado a un pesado o a un malhechor. Su alma tímida anhelaba retirarse. Yo, por mi parte, no tenía nada para leer. El viaje sería largo, tenía por delante unas seis o siete horas de absoluto silencio. Estaba totalmente decidido a charlar.

—¿Sabe usted a qué hora llegamos a la frontera?

Al recordar ahora la conversación, no me parece que aquella pregunta fuera particularmente extraña. Es cierto

que no me interesaba la respuesta; tan sólo quería preguntar algo que nos permitiera iniciar una charla, pero que no fuera inquisitivo o impertinente. El efecto que surtió sobre el desconocido fue notable. Desde luego, había conseguido despertar su interés. Me lanzó una mirada larga y extraña, y los rasgos de su rostro parecieron tensarse un poco. Aquélla era la mirada de un jugador de póquer: de pronto adivina que su contrincante tiene escalera de color y que, por tanto, más le vale ser cuidadoso. Tras una larga pausa contestó, hablando con lentitud y cautela:

—Me temo que no podría decírselo con exactitud. Creo que más o menos dentro de una hora.

Su mirada, que durante un rato había sido clara, se ensombreció de nuevo. Algún pensamiento desagradable parecía rondarlo como una avispa; sacudió ligeramente la cabeza para deshacerse de él. Luego añadió, con una petulancia sorprendente:

—Todas estas fronteras... son un terrible fastidio.

No estaba muy seguro de cómo interpretar sus palabras. Me pasó por la cabeza que quizá fuera alguna clase de internacionalista moderado, o un miembro de la Liga de las Naciones. Aventuré unas palabras para alentarle:

—Tendrían que eliminarlas.

—Estoy muy de acuerdo con usted. Sí, tendrían que hacerlo.

No había que malinterpretar su calidez. Tenía una nariz grande, roma y carnosa, y un mentón que parecía haberse deslizado hacia un lado. Era como un acordeón roto. Cuando su propietario hablaba, se agitaba, daba unos extraños tirones, y en uno de los lados surgía un sorprendente hoyuelo, profundo y similar a una cicatriz. Por encima de las mejillas, maduras y enrojecidas, la frente era blanca como una escultura de mármol. La atravesaba un flequillo gris cortado de

manera extraña; era compacto, espeso y pesado. Después de haberlo examinado durante unos instantes, descubrí, con gran interés, que el caballero llevaba peluca.

—Muy en particular—a la vista del éxito, continué en la misma línea—, habría que suprimir todos esos formulismos burocráticos, la inspección de pasaportes y demás cosas.

Pero algo no iba bien. Me di cuenta al instante por su expresión. De alguna manera me las había arreglado para pulsar una nota nueva y desagradable. Hablábamos lenguas similares, pero también distintas. Sin embargo, esta vez la reacción del desconocido no fue de desconfianza. Me hizo una pregunta con una franqueza y una curiosidad tan poco simuladas que me dejó perplejo:

—¿Alguna vez ha tenido algún problema en esta frontera?

Lo que me pareció extraño no fue tanto la pregunta en sí como el tono en que la formuló. Sonreí para ocultar mi confusión.

—Oh, no. Más bien al contrario. La mayoría de veces ni siquiera se molestan en abrir los equipajes, y en lo que se refiere al pasaporte, apenas suelen echarle un vistazo.

—No sabe cuánto me alegra lo que dice.

Por la expresión de mi rostro, debió de adivinar lo que estaba pensando, pues añadió de modo apresurado:

—Ya sé que le podrá parecer absurdo, pero detesto llamar la atención y también odio que me molesten.

—Por supuesto. Lo entiendo a la perfección.

Sonreí abiertamente pues acababa de dar con una explicación satisfactoria que justificaba su conducta. Aquel caballero debía de estar pasando alguna pequeña e inocente mercancía de contrabando. Con toda probabilidad, se trataría de algún trozo de seda para su mujer o de una caja de puros para algún amigo. Y ahora, claro está, comenzaba a tener miedo. Desde luego, parecía lo bastante acomodado

como para hacer frente a cualquier arancel. Los ricos tienen placeres extraños.

—¿Así que no ha cruzado esta frontera nunca?

Me sentía amable, protector y superior a él. Estaba dispuesto a darle ánimos y, en el caso de que las cosas se pusieran feas, tenía preparada alguna mentira plausible para ablandar el corazón de los funcionarios de aduanas.

—No, en años recientes no. Normalmente viajo pasando por Bélgica. Por varias razones. —Una vez más adopté una expresión vaga. Calló y se rascó el mentón con solemnidad. Luego, de repente, pareció percatarse de mi presencia—. Quizá, a estas alturas de la conversación, debería presentarme. Arthur Norris, caballero. O, mejor dicho, rentista. —Soltó una risita nerviosa, luego exclamó, con un deje de alarma—: ¡No se levante usted, se lo ruego!

Estábamos demasiado lejos como para estrecharnos las manos sin levantarnos. Llegamos a una solución intermedia y, sin movernos de nuestros asientos, nos hicimos una cortés reverencia de cintura para arriba.

—Me llamo William Bradshaw—le dije.

—¡Válgame Dios!, ¿no será usted por casualidad uno de los Bradshaw de Suffolk?

—Creo que sí. Antes de la guerra vivíamos cerca de Ipswich.

—¿De verdad? Hubo una época en la que yo tenía por costumbre ir allí, y entonces me alojaba con la señora Hope-Lucas. Tenía una casa encantadora cerca de Matlock, y su nombre de soltera era señorita Bradshaw.

—En efecto, lleva usted razón. Era mi tía abuela Agnes. Murió hace unos siete años.

—¿De veras? Caramba, caramba, no lo sabía, lo siento mucho..., por supuesto, cuando la conocí yo era bastante joven, y por aquel entonces ella ya era una señora de me-

diana edad. Estoy hablando, fíjese, del año noventa y ocho.

Mientras hablábamos yo estudiaba la peluca con disimulo. Nunca había visto una tan bien hecha; en la parte posterior del cráneo se confundía a la perfección con su pelo. Sólo la raya la delataba, pero incluso podría pasar desapercibida a dos o tres metros de distancia.

—Vaya, vaya—observó el señor Norris—. Válgame Dios, qué pequeño es el mundo.

—¿Quizá llegó usted a conocer a mi madre?, ¿o a mi tío, el almirante?

Para entonces yo ya me había resignado a participar en el usual intercambio sobre relaciones familiares. Era una charla aburrida, pero demandaba exactitud y tenía la ventaja de que podía prolongarse durante horas. Frente a mí veía una cadena completa de sencillas concatenaciones: tíos, tías y primos, sus bodas y sus propiedades, las herencias, las hipotecas, las ventas. De allí pasaríamos a los exclusivos institutos privados y a la universidad. Compararíamos nuestras apreciaciones sobre la comida escolar, intercambiaríamos anécdotas sobre los maestros, las competiciones deportivas más relevantes y las peleas más celebradas. Sabía con exactitud el tono que debía adoptar.

Pero, para mi sorpresa, resultó que el señor Norris no tenía deseo alguno de participar en un intercambio de esta clase. Me respondió con rapidez:

—No. Me temo que no. Desde la guerra, prácticamente he dejado de tener contacto con mis amigos ingleses. Mis negocios me han llevado muy a menudo al extranjero.

La palabra *extranjero* hizo que los dos nos pusiéramos a mirar espontáneamente por la ventanilla. Holanda se alejaba con la languidez de un sueño. Era un paisaje plácido y cenagoso delimitado por un tranvía eléctrico que discurría a lo largo del muro de un dique.

—¿Conoce usted bien este país?—le pregunté.

A partir del momento en que me di cuenta de que llevaba peluca, ya no fui capaz de llamarle señor. Y, de todos modos, si él la utilizaba para parecer más joven, por mi parte habría sido poco amable y habría denotado falta de tacto insistir en darle un tratamiento que subrayaba nuestra diferencia de edad.

—Conozco Ámsterdam muy bien—el señor Norris se frotó el mentón con un movimiento nervioso y furtivo. Tenía una especial habilidad para hacer ese gesto y para abrir la boca como si gruñera, pero sin ferocidad, igual que un viejo león en una jaula—. Sí, muy bien.

—Me gustaría mucho ir. Debe de ser un lugar apacible y tranquilo.

—Todo lo contrario, puedo asegurarle que es una de las ciudades más peligrosas de Europa.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Pese a que siento un profundo apego por Ámsterdam, siempre mantendré que tiene tres inconvenientes fatales. En primer lugar, las escaleras de muchas de sus casas son tan empinadas que hay que ser escalador profesional para subir las sin arriesgarse a sufrir un infarto o a romperse el cuello. En segundo lugar, están los ciclistas. Infestan la ciudad y parecen considerar una cuestión de honor conducir sin mostrar la menor consideración hacia la vida humana. Esta misma mañana he escapado por muy poco de uno de ellos. Y, en tercer lugar, están los canales. No sé si lo sabe usted, pero en verano resultan de lo más insalubre. Oh, sí, de lo más insalubre. No tengo palabras para expresar cuánto me han hecho sufrir. Me he pasado semanas interminables con la garganta constantemente irritada.

Para cuando llegamos a Bentheim, el señor Norris me había dado ya una conferencia sobre las desventajas de la mayoría de las ciudades europeas. Me dejó atónito descubrir cuánto había viajado. Había sufrido de reumatismo en Estocolmo y padecido las corrientes de aire frío de Kauna. En Riga se había aburrido, en Varsovia lo trataron con extrema descortesía y en Belgrado le fue imposible hacerse con su marca favorita de dentífrico. En Roma los mosquitos no pararon de incordiarlo, en Madrid le pasó lo mismo con los mendigos, y en Marsella con las bocinas de los taxis. En Bucarest tuvo una experiencia sumamente desagradable con la taza de un inodoro. Constantinopla le pareció una ciudad cara y carente de gusto. Las dos únicas ciudades que merecían su aprobación, y además entusiasta, eran París y Atenas. Y en particular, Atenas. Atenas era su hogar espiritual.

Llegados a este punto, el tren se detuvo. Varios hombres, pálidos y corpulentos, vestidos con uniformes azules, deambulaban de un lado a otro del andén con ese aire ocioso y levemente siniestro que caracteriza los movimientos de los oficiales en las estaciones fronterizas. No eran muy distintos a carceleros. Parecía que fueran a impedirnos continuar el viaje más allá del punto en el que nos hallábamos. A lo lejos, en el fondo del pasillo del vagón, reverberó una voz: «*Deutsche Passkontrolle*» [Control alemán de pasaportes].

—Creo—dijo el señor Norris, sonriéndome con clase—que uno de los recuerdos más placenteros que tengo es el de las mañanas en las que tenía por costumbre pasear por las callejuelas viejas y pintorescas que hay detrás del templo de Teseo.

Estaba muy nervioso. Su mano blanca y delicada juguetaba sin cesar con el anillo de sello que llevaba en el meñi-

que. Los ansiosos ojos azules no hacían más que lanzar miradas de reojo en dirección al pasillo del vagón. Su voz se volvió impostada y adquirió un tono chillón de alegría falsa y forzada. Parecía la voz de un personaje de una comedia de salón de las de antes de la guerra. Hablaba en voz tan alta que con toda seguridad los viajeros del compartimiento contiguo podían oírlo.

—Uno descubre, de la forma más inesperada, pequeños rincones que resultan de lo más fascinantes. Una solitaria columna erguida en medio de un montón de desechos...

—*Deutsche Passkontrolle*. Pasaportes, por favor.

Un oficial había aparecido en la puerta de nuestro compartimiento. El sonido de su voz hizo que el señor Norris diera un brinco, leve pero visible. Deseando concederle tiempo para que se serenara, ofrecí mi pasaporte a toda velocidad. Tal y como esperaba, apenas le echaron un vistazo.

—Viajo a Berlín—dijo el señor Norris, alargando su pasaporte con una encantadora sonrisa; tan encantadora, de hecho, que pareció algo excesiva. El oficial no reaccionó. Se limitó a gruñir, hojeó las páginas del pasaporte con considerable interés y, luego, se lo llevó al pasillo y lo sostuvo frente a la luz de la ventanilla.

—Es un hecho notable—me dijo el señor Norris, hablando con locuacidad—que en ningún pasaje de la literatura clásica se encuentre una sola referencia al monte Licabeto.

Me sorprendió el estado en el que se encontraba; tenía los dedos crispados y casi había perdido el control de la voz. En su frente de alabastro habían aparecido auténticas perlas de sudor. Si esto es lo que él denominaba «detestar llamar la atención», y si ésta era la agonía que padecía cada vez que se saltaba algún reglamento, no tenía nada de sorprendente que sus nervios lo hubieran convertido en un calvo prematuro. Lanzó una mirada veloz y muy angustia-

da hacia el pasillo. Había llegado otro oficial. Junto con el primero, se habían colocado de espaldas a nosotros y estaban examinando el pasaporte. Con un esfuerzo a todas luces heroico el señor Norris se las arregló para seguir manteniendo su charla locuaz y didáctica.

—A día de hoy, lo único que hemos conseguido saber es que según parece estuvo plagada de lobos.

El otro oficial había cogido el pasaporte. Daba la impresión de que se lo iba a llevar a alguna parte. Su compañero, entretanto, consultaba un cuaderno de notas negro y brillante. Levantó la cabeza y preguntó de modo abrupto:

—¿Reside usted actualmente en el número 168 de Courbierstrasse?

Por un momento pensé que el señor Norris iba a desmayarse.

—Eh... sí. Resido allí.

Al igual que un pájaro frente a una cobra, sus ojos estaban clavados en los de su interrogador y expresaban fascinación y desamparo, como si esperara ser arrestado en el acto. Pero en realidad, lo único que sucedió fue que el oficial apuntó algo en su libreta, gruñó una vez más, dio media vuelta y se dirigió al siguiente compartimiento. Su compañero devolvió el pasaporte al señor Norris diciendo: «Gracias, señor», luego saludó con cortesía y salió tras el primer oficial.

El señor Norris se desplomó sobre el duro asiento de madera lanzando un profundo suspiro. Durante unos segundos pareció incapaz de pronunciar una palabra. Sacó un gran pañuelo de seda blanco y empezó a darse toquitos en la frente, teniendo buen cuidado de no desorganizarse la peluca.

—Me pregunto si sería usted tan amable de abrir un poco la ventanilla—dijo, por fin, con una voz débil—. De golpe, el aire del compartimiento parece estar terriblemente viciado.